

Majestad (1). • Speke cuenta que los servidores del rey de Uganda «poníanse en fila sobre el vientre y se meneaban como peces... y continuaban agitándose tirando las piernas en todos sentidos, rascándose la cara é hiriendo el suelo con sus manos (2). • El balonda se acerca á sus superiores de rodillas, y «continúa su salutacion batiendo las manos hasta que los grandes han pasado (3). • Existe en Dahomey un uso análogo.

Hagamos aquí mención de otro movimiento rítmico que tiene un significado análogo. Vimos ya que entre los Fuegos el acto de saltar signo natural de alegría, es un saludo amistoso; en Loango lo hallamos como muestra de respeto para con el rey. África nos ofrece otro ejemplo. Grant cuenta que el rey Karaga «recibía las saluciones de sus súbditos, quienes uno tras otro iban á arrojar gritos y á saltar ante él jurándole fidelidad (4). • Que se sistematicen estos movimientos de saltar, como ello es probable, en el curso del progreso social, y constituirán la danza con la cual en ciertas partes los súbditos saludan á su soberano, por ejemplo, en el hecho que hemos contado ya, referente al rey de Bogotá, y en otro hecho que Williams nos cuenta en el relato de su viaje á las islas Fiji, en el cual se vé á un jefe inferior y á su séquito admitidos á la presencia del rey «ejecutar una danza que terminan presentando sus mazas y sus vestidos exteriores al rey Somo-Somo (5). •

Entre las demás muestras simuladas de placer que generalmente forman parte del saludo, la más comun es la de besar. Naturalmente que esto es bajo una forma compatible con la humildad de la prosternacion ó con toda actitud de la misma clase. En ciertos hechos ya referidos, hemos visto besar la tierra cuando uno no puede acercarse lo bastante al superior para besar sus piés ó su vestido. Pero existen además otros hechos. «En Eboé, cuando el rey sale, y hasta en su morada, es costumbre que los principales del país se arrodillen y besen la tierra por tres veces, cuando pasa aquél (6). • En el antiguo Méjico los embajadores que fueron en busca de Cortés «empezaron por tocar la tierra con sus manos al besarla (7). • En Oriente, en la antigüedad, este acto expresaba la sumision del vencido al vencedor. Se llegaba hasta el extremo de besar las huellas impresas por las patas del caballo del conquistador. En Abisinia,

(1) T. Astley. *Collection etc.* III, 238.

(2) Speke. *Journal etc.* 331.

(3) Livingstone. *Missionary Travels etc.* 276.

(4) Grant. *A Walk across Africa.* London, 1864, 140.

(5) Williams and Calvert. *Fiji.* I, 35.

(6) Macgregor Laird and Oldfield. *Expedition etc.* I, 388.

(7) Bernal Diaz de Castillo. *Memoires,* ch. 71.

cuyo despotismo es estremado y servil la obediencia, esta usanza se modifica (1). En Choa, el besar el objeto inanimado más próximo perteneciente á un superior ó á un bienhechor, es una muestra de respeto y de gratitud.

De esta costumbre pasamos á la de lamer ó besar los piés. Drury cuenta que un jefe malgacho «apenas se sentó en la puerta, cuando se adelantó su mujer arrastrándose sobre las manos y las rodillas, y se puso á lamerle los piés... Todas las mujeres de la poblacion saludaban de la misma manera á sus maridos (2). • Los esclavos usaban tambien este saludo para con sus amos. Así es como en el antiguo Perú, «cuando los jefes se presentaron á Atahualpa, hicieron grandes saludos y le besaron los piés y los manos (3). • Las pinturas murales de Egipto representan este homenaje estremado, y en los documentos sirios, Sennacherib cuenta que Menahem de Samaria fué á llevarle presentes y á besarle los piés. El beso de los piés formó parte de las muestras de respeto que tributó á Cristo la mujer. En nuestro tiempo, vemos que entre los Árabes, los inferiores besan los piés, las rodillas y los vestidos de sus superiores. En Turquía es costumbre el besar los piés del Sultan. En fin; sir R. K. Porter cuenta que un persa, al cual acababa de hacer un presente, «para mostrarle su gratitud, se echó al suelo y le besó repetidas veces las rodillas y los piés (4). •

El beso de las manos es una práctica ménos humillante que la de los piés, tal vez porque no necesita la prosternacion. Se le reconoce esta diferencia en países muy distantes entre sí. En las islas Tonga, «cuando una persona saluda á un pariente de categoría más elevada, le besa la mano; y si este pariente es de una clase muy elevada, le besa el pié (5). • Las mujeres del séquito de las princesas árabes les besan la mano cuando éstas les dispensan el favor de no permitir que les besen el pié ó la orla de su vestido. El uso de esta clase de saludo, en señal de amor y sumision á la vez, es tan general, que no hay necesidad de dar de él ningun otro ejemplo.

Cuando en vez de besar la mano de otra persona, besa la que saluda su propia mano, ¿qué significado debemos dar á esta práctica? ¿Es el símbolo de la primera? ¿Está dedicada á servirla de símbolo por ser la que en circunstan-

(1) W. Harris *Highlands of Ethiopia.* London, 1844, III, 170.

(2) R. Drury. *Madagascar etc.* 415.

(3) R. de Xeres. *Reports on the Discovery of Peru* (Hackluyt Society), 68.

(4) Sir R. K. Porter. *Travels in Georgia, Persia, Armenia, Ancient Babylon.* London, 1821, I, 464.

(5) W. Mariner. *Account etc.* I, 227.

cias dadas más se acerca á ella? La explicacion parece aventurada, pero hay hechos que la justifican. D' Arvieux dice:

«Los Orientales demuestran su respeto á una persona de categoría superior besándole la mano y llevándola á su frente; pero si el superior tiene un carácter condescendiente, retira su mano tan pronto como el otro la ha tocado; entonces el inferior lleva á los labios sus propios dedos, y luego á su frente (1).»

Hé aquí, en mi opinion, lo que muestra bien que la costumbre comun de besar su propia mano expresaba primitivamente el deseo ó la buena voluntad de besar la mano del otro.

Aquí, como antes, la práctica, empezando como un acto propiciatorio del vencido al vencedor, del esclavo á su dueño, del súbdito al soberano, pasa tambien al estado de propiciacion religiosa. Estos actos de amor y afeccion están en uso para con el espíritu y la divinidad que ha nacido del espíritu por desarrollo. La costumbre de abrazar y besar las extremidades inferiores, que entre los Hebreos era una manera de saludar á los vivos, se encuentra representada en las pinturas murales de los Egipcios como un homenaje tributado á la momia en su sepulcro; más tarde, prolongándose la costumbre, tenemos el beso de los piés de las estatuas de los dioses en la Roma pagana, y de las santas imágenes entre los cristianos. El antiguo Méjico nos ofrece un ejemplo de la transicion del beso de la tierra, como saludo político, al beso algo modificado del suelo como saludo religioso. Clavijero, en una descripcion de la ceremonia de un juramento, añade: «Luego nombraban al dios principal ó cualquier otro á quien reverenciaran particularmente, besaban su mano, despues de haber tocado la tierra (2).» «En el Perú, la manera de adorar consistia en extender las manos y producir con los labios un sonido como el de un beso; luego se pedia lo que se queria y se ofrecia al propio tiempo el sacrificio (3).» En fin; Garcilaso, relatando la libacion del sol, añade: «Al propio tiempo estos indios besaban el aire dos ó tres veces, lo cual era entre ellos una señal de adoracion (4).»

(1) Prof. Paxton. *Illustrations of Scriptures*. II, 43.

(2) Clavijero. *The History of Mexico*. liv. VI, ch. 8.

(3) José de Acosta. *Historia Natural etc.* lib. V, cap. 4.

(4) Garcilaso, lib. II, cap. 8.

Las razas europeas no dejan de ofrecernos análogos ejemplos. El beso en la mano de la estatua de un dios, era en Roma una de las formas de la adoracion.

Añadamos que los movimientos de la danza, naturales expresiones de placer, que se convierten en presencia de un soberano visible, en actos de deferencia, se hacen tambien actos de adoracion ante un soberano invisible. David danzaba delante del arca. La danza era al principio una ceremonia religiosa entre los Griegos; desde los más remotos tiempos, al «culto de Apolo se unia una danza religiosa (1).» El rey Pepino, «como el rey David, en su alegría, prescindiendo de la púrpura real, bañó de lágrimas sus ricas vestiduras y danzó ante las reliquias del bienaventurado mártir (2).» Finalmente, en la Edad Media, ejecutábanse danzas religiosas en las iglesias; y esto se hace todavía en las iglesias cristianas de Jerusalem.

Para hallar el significado de otro grupo de prácticas debemos remontarnos á la prosternacion en su forma primitiva. Me refiero á los actos que expresan la sumision y que se realizan echando polvo ó ceniza sobre una parte del propio cuerpo.

No puede el hombre rodar por la arena en presencia de un rey, ni arrastrarse ante él, ni herir con la cabeza el suelo muchas veces, sin emporcarse. Las manchas que quedan unidas á la persona se hacen, pues, como consecuencia, una señal accesoria de sumision; se llega á hacércelas gratuitamente y á aumentarlas artificialmente en el ardor que impulsa á conquistar el favor del amo. Ya la asociacion entre este acto y el de la prosternacion se ha revelado incidentalmente en ejemplos sacados de África; y es tambien el África la que nos proporciona otros hechos en los que se vé de una manera más completa la usanza de mancharse á sí mismos bajo una forma distinta. «En las regiones del Congo, delante de cada *banza* ó aldea de jefe, se prosterna, se besa la tierra, se llena de polvo la frente y los brazos;» en fin, Burton añade que el saludo en Dahomey consiste en dos actos, el de la prosternacion y el de ponerse tierra ó arena en la cabeza (3). Finalmente, entre los Balondas,

«los inferiores, al encontrar en la calle á sus superiores, se echan de rodi-

(1) Dr. Smith. *A Smaller Dictionary etc.* SALTATIO.

(2) *Gallicarum et Francicarum rerum Scriptores*. V, 433.

(3) Burton. *Mission etc.* I, 259.

•llas y se frotan con polvos el vientre y los brazos... El que suplica á una persona á la que se debe respeto, al hablar, coge puñados de polvo y se frota con él el vientre y lo alto de los brazos... Cuando se quiere ser muy culto, se toma un poco de ceniza ó de greda dentro un pedazo de piel, y se frota con ella sobre el vientre y la parte anterior y superior de los brazos (1).»

Vamos á ver también cómo en este, al igual de los demás casos, sufre esta ceremonia una abreviación. Entre los Balondas, los mismos de que acabamos de hablar, «los jefes, dice Livingstone, hacen ademán de llenarse de arena los brazos, pero es solo en la apariencia, porque no la tienen en las manos.» En el bajo Níger, los naturales, al prosternarse, se «llenan la cabeza de arena muchas veces; y en todo caso hacen los movimientos que simulan este hecho. Las mujeres al ver á sus amigos, se arrodillan y hacen ademán de echarse arena en los brazos uno después de otro (2).» En Asia esta ceremonia se realizaba y se realiza con el mismo objeto. Los sacerdotes que fueron á implorar de Florus que perdonase á los Judíos, se presentaron con la cabeza «cubierta de polvo y sin llevar sobre su cuerpo más que girones de vestido (3).» Habían adoptado esta ceremonia como muestra de humillación política. En Turquía pueden comprobarse abreviaciones de esta salutación. En una revista, los mismos oficiales de caballería, al saludar á sus superiores «hacen ademán de echarse polvo en la cabeza (4).» En fin; á la partida de una caravana de peregrinos «se vió á los espectadores hacer todos los movimientos y ademanes de echarse polvo en la cabeza (5).»

En los libros hebreos se encuentra la prueba de que esta señal de sumisión para con las personas visibles se hacía también para con las invisibles. A las usanzas consistentes en verter su propia sangre, en imprimirse señales y en cortarse cabellos en los funerales para captarse el favor del espíritu del muerto, se añadía la costumbre de echarse ceniza en la cabeza (6). Lo mismo se hacía para hacer propicia á la divinidad: así, «Josué destruyó sus vestidos, se echó de bruces en el suelo ante el arca del Señor hasta la noche, él y los ancianos de Israel, y echaron polvo en su cabeza (7).» Aun hoy día está en vigor esta

(1) Livingstone. *Missionary Travels etc.* 276, 296.

(2) Allen and Thompson. *Expedition etc.* I, 391.

(3) Josèphe.

(4) White. *Three Years in Constantinople.* London, 1846, II, 239.

(5) *Ibid.* I, 332.

(6) Rois. I, 20.

(7) Josué. VII, 6.

tradicional costumbre entre los católicos en ciertos días de humillación especial.

Todavía debemos volver á la salutación original que es realmente en un principio la actitud del vencido ante el vencedor, y más tarde el simulacro de ella, para hallar la explicación de ciertos movimientos que significan sumisión. Hemos visto en uno de los anteriores párrafos, al khond en súplica, «echarse á tierra de bruces, y juntas las manos.» ¿Por qué las manos juntas? De los usos de un pueblo, en el que la sumisión y todas sus muestras están llevadas hasta el extremo, hemos entresacado un hecho que indica el génesis de esta acción. En el antiguo Perú, una de las señales de humildad consistía en tener atadas las manos y una cuerda al cuello; esto era el simulacro de la condición de los prisioneros de guerra. Si alguna prueba faltara para demostrar que el atar las manos á los prisioneros para imposibilitarles la defensa, era una práctica general, podrían mostrarla primeramente las esculturas murales sirias, en las cuales se ven hombres representados en esta actitud. Pero basta saber que entre nosotros se ponen esposas á los presuntos criminales cuando se les prende, para comprender que es el medio de reducirles á la impotencia. Por último, dos costumbres raras que están en vigor en África la una y en Asia la otra, nos dan una nueva razón para creer que se adoptó la actitud de juntar las manos en señal de sujeción. Cuando el rey de Uganda hizo su visita á los capitanes Speke y Grant, «sus hermanos, un tropel de rapazuelos, con las manos metidas en esposas se sentaron tras él... Díjose que el rey antes de ascender al trono iba siempre encadenado como ahora sus hermanitos (1).» Entre los Chinos, «después del tercer día de nacido un niño... se practica la ceremonia de atarle las muñecas... y se repite esta ceremonia hasta que el niño llega á la edad de catorce años... Algunas veces, durante muchos meses y hasta un año, se piensa que atándole de este modo las muñecas, se le preserva de ser desagradable por durante el resto de su vida (2).»

Semejantes indicaciones sobre el origen de la costumbre, unidas á tales ejemplos de prácticas derivadas, nos obligan á deducir que la actitud de unir las manos como elemento de salutación primitiva, que significa la sumisión absoluta, no era otra cosa que el acto de tender las manos á las ligaduras. La

1) Grant. *A Walk etc.* 224.

2) Rev. Justus Doolittle. *Social Life of the Chinese.* London, 1868 86.

actitud de los Khonds de que acabamos de hablar, muestra este acto en su forma original. «El cazador mogol, leemos en la relacion de Huc, nos saludó poniendo juntas las manos sobre su frente (1).» Segun Drury, cuando un malgacho se acerca á un gran personaje, pone las manos en actitud de súplica (2). Estos ejemplos no permiten dudar que este acto expresa ahora el respeto porque expresaba en un principio la sujecion. «Si tendeis la mano á un siamés, dice La Loubère, para estrechar la suya, éste pone ambas manos en las vuestras como si quisiera ponerse por completo en vuestro poder (3).» En otras partes se vé que la presentacion de las manos juntas tiene perfectamente el significado que acaba de indicarse. En Unyanyembe, «cuando un uizi y un uatuzi se encuentran, el primero junta sus manos que el segundo (que pertenece á una raza más poderosa) aprieta suavemente (4).» En Sumatra, la saluacion «consiste en inclinarse y poner juntas las manos en las de su superior, y luego en llevar éstas á su frente (5).» Estos actos nos recuerdan que antiguamente, otro acto análogo era en Europa una formalidad de sumision. Cuando un vasallo tributaba homenaje, se ponía de rodillas y ponía sus manos juntas en las de su señor feudal.

Como en los casos anteriores, de una actitud que significa la derrota, y por consiguiente, la dependencia política, nace una actitud de devocion religiosa. Vemos en el fiel mahometano, que la misma actitud de las manos juntas sobre la cabeza expresa el respeto á un superior vivo. Entre los Griegos «se suplicaba á los dioses del Olimpo, teniéndose en pié con las manos levantadas, á los dioses marinos con las manos extendidas horizontalmente, y á los dioses del Tártaro con las manos bajas.» Por último, la presentacion de las manos juntas por sus palmas, exigida antiguamente en toda Europa á un inferior cuando juraba obediencia á su superior, es todavía la actitud que se enseña á los niños como la propia de la plegaria.

Esta ceremonia de las manos pasa á las relaciones sociales ordinarias; se vé claramente su filiacion en el extremo Oriente. «Cuando los Siameses se saludan, unen las manos y las ponen delante de su cara y sobre su cabeza.» De las ocho formas de saludo chino, la inferior consiste en juntar las manos y levantarlas al nivel del vientre. Hasta entre nosotros se observa un vestigio de

(1) Huc. *Recollections of a Journey etc.* I, 54.

(2) Drury. *Madagascar, etc.* 78.

(3) La Loubère. *Du royaume de Siam en 1687-88.* Amsterdam, 1601.

(4) Grant. *A Walk etc.* 52.

(5) W. Marsden. *History of Sumatra.* London, 1811, 281.

esta accion. Un tendero obsequioso ó un posadero servicial juntan las manos que mueven lentamente una sobre otra, teniéndolas algo levantadas, en una actitud que confirma la idea de que deriva de esta primitiva señal de sujecion.

Debemos ocuparnos ahora de un grupo de saluciones nacidas de una raiz unida á la primera, pero de la cual se aparta. Las que hasta aquí hemos examinado no tienen contacto alguno directo con el traje de las personas. Pero toda una série de prácticas ceremoniales deriva de modificaciones del traje, tanto en lo que respecta á la disposicion de las prendas del vestido como en lo referente á su estado ó su especie.

El vencido se prosterna ante el vencedor, y pasando al estado de cosa poseida, pierde á un mismo tiempo la posesion de todo lo que lleva encima; por consiguiente, rinde sus armas, y si lo exige el vencedor, cede las prendas de vestir que valen la pena. Por consiguiente, la desnudez parcial ó completa del cautivo, se hace una nueva prueba de su derrota. Tenemos pruebas ciertas de que así sucedía en Oriente. Leemos en Esaías (XX, 2, 4): «El Señor dijo: Como mi servidor Esaías marchó desnudo y descalzo tres días á una señal... así tambien el rey de Siria conduce los prisioneros egipcios y los cautivos etíopes, jóvenes y viejos, desnudos y descalzos.» Las esculturas de los Sirios demuestran que desnudaban á sus prisioneros. Hechos contemporáneos suministran otras pruebas; por ejemplo, al comienzo de la guerra del Afghanistan, se dijo que los Afridis habian desnudado algunos prisioneros. Naturalmente, el acto de quitar y ceder vestidos se hace un signo de sumision política, y en ciertos casos, hasta una práctica de cortesía. En las islas Fiji, el día en que se le pagaba el tributo,

«el jefe Somo-Somo que desde luego se habia despojado de sus vestidos, sentóse y desató de su cintura la cola extraordinariamente larga que llevaba. Dióla al orador, quien le dió en cambio un pedazo de tela cuyo tamaño era el extrictamente indispensable para desagrar el pudor. El resto de los jefes Somo-Somo, que todos ellos al llegar llevaban colas de siete metros de longitud, desnudáronse completamente, se quitaron su cola y todo el pueblo Somo-Somo quedó en cueros (1).»

(1) Erskine. *Journal of a Cruise, etc.*, 297.